

La vocación hacker en el contexto de la cultura de plataforma

DOMINGO M. LECHÓN

1.

El 5 de noviembre se celebra en Inglaterra “la noche de la pólvora”, conmemorando los hechos ocurridos en 1605, cuando una conspiración para acabar con el rey y el parlamento fue desarticulada con la detención de Guy Fawkes, posteriormente condenado a muerte. Este personaje, y estos hechos, son referidos por Alan Moore en el cómic *V de Vendetta*, pero se popularizó con la película del mismo título de 2006, realizada por las hermanas Wachowski. De la gran pantalla saltó a las redes, sobre todo una parte de su simbología: la máscara de Fawkes, emblema de la persona que lucha contra el sistema. Así, el ente colectivo y descentralizado Anonymous, que tomó este símbolo, fue teniendo repercusión a partir de 2008 y se convirtió en el ejemplo paradigmático del *hacktivismo* para la opinión pública.

Este es un caso de entrecruzamientos entre la cultura popular, hechos históricos, activismos en redes digitales, creatividad, libertad y anonimato. ¿Qué tiene que ver esto con la propiedad intelectual y la cultura libre?

2.

Es evidente que vivimos en un mundo en crisis, tremendamente desigual, insano y violento. Esto es, como cientos de estudios lo argumentan, a la vez causa y efecto del sistema capitalista, patriarcal y colonial. Un sistema que pareciera inevitable: se ha instalado la idea de que es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin de este sistema socioeconómico.

Los feminismos llevan décadas demostrando y combatiendo la vertiente patriarcal de este sistema. Los movimientos descolonizadores, decoloniales, originarios y en defensa de las culturas y los territorios indígenas hacen lo mismo respecto al colonialismo aún muy vigente. La parte socioeconómica del sistema ha sido estudiada, señalada y resistida durante siglos por cientos de movimientos y desde la academia progresista. Y también existen muchas

reflexiones y activismos que conectan estas tres patas del sistema, que están íntimamente relacionadas y dependientes.

¿Por qué seguimos viviendo en este feroz sistema capitalista que tanto daño hace a la gran mayoría de las sociedades y personas?

3.

Tras la llamada “crisis de las puntocom” en 2001, cuando explotó la burbuja de inversiones en empresas tecnológicas, el capital se concentró en pocas corporaciones y cambió el modelo hacia lo que conocemos actualmente. Sin aquello, lo de ahora no se entiende. Monopolios privados de infraestructuras, tráfico y almacenamiento en manos de pocas empresas, que dio paso a la búsqueda de la venta de contenidos en línea, principalmente culturales. Y si se encontraban con movimientos que subvertían el modelo comercial y excluyente, como el p2p, se paraba por la vía legislativa, judicial y policial. Vino el *boom* de las reformas a las leyes de propiedad intelectual, sobre todo en los países del Norte, para adecuarlas a la situación digital, pero con el espíritu del siglo XIX. Después se extendió al resto del mundo.

Por esa época, alrededor de 2005, llegó el auge de los blogs, el correo gratuito de Gmail, la web 2.0, YouTube, las incipientes redes sociales... y las compañías emergentes, con grandes inyecciones financieras, vieron que podrían obtener grandes beneficios con los datos de las personas usuarias. Y eliminando la competencia.

Así, llegamos en el mundo occidental al Imperio GAFAM (el predominio de Google, Amazon, Facebook, Apple y Microsoft), que ya sabemos sobradamente cómo actúa (y que tiene sus equivalentes en Asia). Por ello se han acuñado varios términos para describir la situación actual: capitalismo de vigilancia, economía de datos, capitalismo de plataformas, feudalismo digital, colonialismo de datos y muchas otras.

El mismo camino han seguido otras empresas y se han impuesto en otros sectores, como en transporte individual, alojamiento, búsqueda de empleo, transacciones, música, cine, tiempo libre, distribución de mercancías, comidas a domicilio, etc., con la misma lógica de monopolizar y extraer datos.

Dmytri Kleiner llama a esto “apropiación privada de la creatividad colectiva”.¹ Son datos, pero no sólo datos.

¹ Dmytri Kleiner, “El Manifiesto Telecomunista”, 2011. Disponible en https://en-defensadelsl.org/manifiesto_telecomunista.html.

Estas corporaciones de tendencias monopolísticas, que son usadas por dos tercios de la población mundial, son las que marcan el ritmo y las reglas del mercado, y se convierten en instituciones que, más allá de lo puramente económico, marcan la opinión pública, las formas de relacionarnos, el “sentido común” y lo “normal”, es decir, los valores y los sueños de millones de personas. Es un paso más allá de ser un panóptico digital, y se acerca mucho a una distopía orwelliana.

Internet, que parecía un territorio de libertades, igualdad y creatividad en los años 80 y 90 del siglo pasado, se está convirtiendo en esto. ¿Habrá vuelta atrás?

4.

Tras los movimientos altermundistas de finales del XX e inicios del XXI, donde hubo un uso estratégico de las nuevas tecnologías digitales, por ejemplo, con la creación de Indymedia, en los años 2010-2011-2012 se produjeron las llamadas revoluciones tecnopolíticas o “multitudes conectadas”, donde el territorio digital era protagonista. También llegaron las revelaciones de WikiLeaks y Snowden, que demostraban el lado oculto del uso de las tecnologías para la vigilancia, el control, la desinformación, la censura...

Incluso la UNESCO llegó a manifestar su preocupación hace unos años por “el control creciente de contenidos en la red cibernética por parte de intermediarios como los motores de búsqueda y las redes sociales”.² Y Snowden ha alertado varias veces de que “los gobiernos están empezando a delegar su autoridad a las grandes plataformas tecnológicas”.³

5.

Lo que está en juego actualmente en relación con las mediaciones digitales es la cultura misma. Si consideramos a ésta en su acepción de “conjuntos de saberes, creencias y pautas de conducta de un grupo social, incluidos los medios

² Noticias ONU, “Aumentan los controles y la censura de contenidos en Internet, según la UNESCO”, 26 de marzo de 2014. Disponible en <https://news.un.org/es/story/2014/03/1297491>.

³ Marta Peirano, “Edward Snowden: ‘Los gobiernos están empezando a delegar su autoridad a las grandes plataformas tecnológicas’”, *El Diario*, 16 de septiembre de 2019. Disponible en https://www.eldiario.es/internacional/gobiernos-empezando-autoridad-plataformas-tecnologicas_128_1471703.html.

materiales que usan sus miembros para comunicarse entre sí y resolver necesidades de todo tipo”, el asunto es grave, porque es global e intensivo.

Estas instituciones que son las corporaciones tecnológicas acumulan tal poder que marcan qué es correcto en relación a cómo nos comunicamos, qué consumimos, dónde nos movemos, qué y cómo aprendemos, cómo nos interrelacionamos, de qué se habla, qué se piensa, qué se desea, tendencias, gustos, políticas... y tienen la capacidad de hacer predicciones y modificar comportamientos con la inmensa cantidad de datos que extraen.

Lo hacen de dos maneras, como instituciones que son: primero, a través de la formulación de reglas explícitas para nuestro comportamiento en línea (e incluso *offline*) y, segundo, a través de la construcción de los contextos donde tomamos decisiones, actuamos e interactuamos.

Y, por supuesto, imponen la idea de que es posible que se acabe el mundo antes de que se acabe el capitalismo.

¿Es deseable que un conjunto de corporaciones sean las reguladoras efectivas del mundo *online*? ¿Es deseable que sean empresas como las GAFAM las que determinen cuáles son nuestras libertades en las redes digitales?

6.

Big data, criptomonedas, *machine learning*, algoritmos, 5G, inteligencia artificial y muchos otros términos llegan cada tanto y se van instalando en las conversaciones. Son tecnicismos que esconden la materialidad y la creatividad, las causas y las consecuencias, como una caja negra. Queda incuestionable cómo nos relacionamos con las tecnologías, normalmente creadas en Silicon Valley por hombres blancos, universitarios y ricos o con aspiraciones de serlo. Y las demás personas somos consumidores, clientes, desconocedores, intentando adaptarnos a la estructura y la narrativa que imponen. En vez de un territorio abierto, para aprender y ofrecer, disfrutar y descubrir, pareciera que se abre ante nuestra vida un camino estrecho del que es difícil salirse. Y los mecanismos que le dan continuidad a esta narrativa, los que recorren todos estos procesos, pasan desapercibidos.

La comunicación popular propone informar para formar, para después transformar. O mientras. Y esa puede ser (seguir siendo) una de las tareas de los movimientos activistas. Fomentar la postura crítica, el cuestionamiento, compartir dudas y descubrimientos. *Hackear*.

Y se puede hablar de extractivismos, minero y de datos, de colonialismo cultural, de residuos y contaminación, de condiciones laborales, transformaciones urbanas, tendencias de consumo... que traen aparejadas las tecnologías digitales.

De ahí que también sean necesarios esos entrecruzamientos de luchas para compartirse, apoyarse, complementarse. Programadoras *hackers* participando en la lucha vecinal, que a la vez se involucra en la defensa del ambiente, que se mezcla con la búsqueda de personas desaparecidas, que trabajan codo con codo con la lucha lgtbi... todas aprendemos de todas, nos hacemos más, muchas, grandes.

7.

Las leyes de propiedad intelectual pretenden mantener el *status quo*, cultural, científico, económico, político y social. No compartir, no abrir, no mostrar, no cambiar, no enseñar. Como necesitan las corporaciones que dictan las reglas del juego, para proteger los privilegios y las desigualdades por encima de cualquier cosa.

8.

Aunque cada vez hay más voces en contra, en el discurso, en las narrativas impuestas, no se discute la necesidad del desarrollo y del crecimiento económicos. Aunque sea materialmente imposible. Pero es un ejemplo más del entramado del paradigma capitalista. Al igual que la idea que van instalando sobre que las soluciones actualmente son sobre todo tecnológicas, como vemos con el cambio climático o la pandemia de COVID-19.

Por ello dicen que son necesarias las leyes de propiedad intelectual, con candados digitales, las leoninas patentes, la protección de quienes poseen los derechos patrimoniales, las corporaciones de cultura y entretenimiento, y las tecnológicas.

9.

Se puede definir al *hacktivismo* como “el uso de las tecnologías desde principios *hackers* para realizar cambios sociales”, es decir, la unión de *hacker* y activismo, o como menciona Guiomar Rovira: “el activismo unido al espíritu de

los *hackers*, cuya vocación es romper los códigos para el libre acceso a la información”.⁴ De ahí la importancia de la ética *hacker*. Y también porque las tecnologías son las configuraciones sociales y las prácticas que mediante ellas se establecen, el *hacktivismo*, como cualquier movimiento social, tiene que ser activado de forma colectiva, colaborativa y en permanente debate, para conseguir llegar a unas sociedades más justas, equitativas, sanas y libres, a través del trabajo en y con las tecnologías digitales. Como decía Keren Elazari, experta en ciberseguridad, en 2014: “Los *hackers* son el sistema inmunológico de Internet”.⁵

La ética *hacker*, popularizada por Pekka Himanen a inicios de siglo, se contrapone a la ética protestante, que estudió Weber hace 100 años.⁶ Como alternativa a la ética de trabajo que caracteriza al capitalismo, analiza una ética del mundo *hacker* basada en la pasión y el entusiasmo, el fomento de la creatividad y la cooperación, la importancia de la apertura y la divulgación, que puede saltar a otros ámbitos de la vida, con la idea de abrir grietas y hacer conexiones inesperadas, hacer otras propuestas, darle la vuelta a lo establecido y juntarse con otros y otras, también para lo lúdico y lo gozoso. De ahí que se hable de *hackear* el patriarcado, la academia, la cultura, el cuerpo...

Al igual que se ha estado dando la batalla cultural sobre el término *hacker*, donde en principio se impuso la narrativa de asimilarlo a ciberdelincuente, en otros aspectos de las tecnologías también tenemos que librar esa batalla, junto a muchos otros y otras. Se puede salir de redes sociales centralizadas, sistemas operativos y programas cerrados, plataformas individualizadoras, mercados monopolistas. Hay alternativas.

Por ello, quizás debemos fomentar más o mejor formación crítica en tecnologías, pero no como herramienta para perpetuar el sistema, sino para conocer las herramientas digitales y apropiárnoslas, transformando su uso, su finalidad, o construyendo otras que mejor sirvan al contexto. Aprender a *hackearlas*.

Seguir difundiendo sobre las transnacionales tecnológicas, su poder, sus propósitos... y sobre esas alternativas que construyen cientos de *hackers*.

4 Guiomar Rovira, “El Zapatismo y la Red Transnacional”, *Razón y Palabras*, núm. 47, 2005. Disponible en <http://www.razonypalabra.org.mx/antecedentes/n47/grovi- ra.html>.

5 Keren Elazari, “Los hackers: el sistema inmunológico de internet”, TED Talk, 2014. Disponible en https://www.ted.com/talks/keren_elazari_hackers_the_internet_s_immune_system?utm_campaign=tedspread&utm_medium=referral&utm_source=tedcomshare.

6 Véase Pekka Himanen, *La ética del hacker y el espíritu en la era de la información*, Barcelona, Destino, 2002.

Frente a las cajas negras, cerradas para mantener privilegios, hay que liberar, compartir, colaborar... y apoyar a hacerlo. Frente a los cercamientos, crear y difundir contenido libre, aplicaciones y *software* que respeten los mínimos principios éticos.

También construir, apoyar y mostrar iniciativas populares y ciudadanas que construyen alternativas en infraestructuras, en redes, en dispositivos y en *software*. Seguir difundiendo que sí se puede, que existen, que nos va mucho en ello.

Crear comunes, fomentar la comunalidad. Para *hackear* el sistema.

Como hacía el personaje V en el cómic y la película, es importante llegar al máximo de gente con un discurso contrahegemónico, trayendo al presente la memoria, buscando apoyarse mutuamente para subvertir poderes injustos, violentos, insanos. El sistema distópico que enfrentaba el personaje no está tan lejano como pareciera.